

En una habitación como otra cualquiera, en un edificio sin nada de particular, un hombre trabajaba en unas teorías que eran de todo menos corrientes.

Estaba rodeado por brillantes sustancias químicas en botellas y matraces, por gráficos e indicadores y pilas de libros que se elevaban como almenas. Los abría unos sobre otros. Pasaba entre ellos como si leyera varios al mismo tiempo; reflexionaba, tomaba notas, las tachaba, buscaba datos históricos, químicos y geográficos.

Solo se oía el trazo de su bolígrafo y, de vez en cuando, sus murmullos de sorpresa. Sin duda, trabajaba en algo muy complicado. Pero por sus susurros y por los signos de exclamación que garabateaba, parecía que, poco a poco, conseguía avanzar.

El hombre había venido de muy lejos para hacer ese trabajo. Estaba tan absorto que tardó en darse cuenta de que la luz a su alrededor se desvanecía de forma anormalmente rápida.

La oscuridad se aproximaba a las ventanas. El silencio, que era, más que ausencia de sonido, una calma predatoria, se asentó a su alrededor.

Al fin, el hombre alzó la vista. Lentamente, dejó el bolígrafo y giró su silla.

—¿Hola? —dijo—. Profesor, ¿es usted? ¿Ha llegado la ministra?

No hubo respuesta. La luz del pasillo continuó desvaneciéndose. A través del cristal translúcido de la puerta, el hombre vio como la oscuridad tomaba forma. Se levantó lentamente, olfateó y los ojos se le abrieron como platos.

Unos dedos de humo aparecieron por debajo de la puerta, desenroscándose como tentáculos.

—Así que... —susurró el hombre—. Así que eres tú.

No hubo respuesta, pero al otro lado de la puerta se oyó un ruido sordo que podría haber sido una carcajada.

El hombre tragó saliva y retrocedió sin cambiar de expresión. Observó como el humo entraba más denso por los bordes de la puerta, arremolinándose a su alrededor. Cogió sus apuntes. Aprisa y de la forma más silenciosa que pudo, colocó una silla debajo de un alto tubo de ventilación. Parecía asustado pero decidido; o decidido pero asustado.

El humo entraba sin parar. Antes de que tuviera la oportunidad de subir a la silla, se oyó otra especie de risa o ruido sordo. El hombre se volvió hacia la puerta.

PARTE I

Zanna y Deeba

1. El zorro respetuoso

No cabía duda: había un zorro detrás del columpio. Y las observaba.

—Sí que es, ¿no?

El patio estaba lleno de niños y sus uniformes grises aleteaban mientras corrían y chutaban balones hacia porterías improvisadas. Entre los gritos y los juegos, unas chicas miraban al zorro.

—Sin duda. Y nos está mirando —dijo una chica alta y rubia. Veía el animal claramente detrás de unas hierbas y unos cardos—. ¿Por qué no se mueve?

Caminó lentamente hacia él.

Al principio, pensaron que era un perro y caminaron sin prisa hacia él mientras hablaban. Pero a mitad del patio se dieron cuenta de que era un zorro.

Era una mañana de otoño fría y despejada, el sol brillaba. Ninguna de ellas podía creer lo que estaba viendo. El zorro permaneció quieto mientras se acercaban.

—Yo vi uno una vez —susurró Kath, cambiándose la mochila de hombro—. Estaba paseando con mi padre por el canal. Me dijo que ahora hay un montón de zorros en Londres, solo que normalmente no se dejan ver.

—Debería salir huyendo —dijo Keisha, inquieta—. Yo me quedo aquí. Esa cosa tiene dientes.

—Son para comerte mejor... —dijo Deeba.

—Eso era un lobo —afirmó Kath.

Kath y Keisha se quedaron atrás; Zanna, la chica rubia, se dirigió lentamente hacia el zorro con Deeba, como siempre, a su lado. Se acercaron más, esperando que se arquease, en una de esas hermosas curvas de miedo animal, y se escabulliese por debajo de la verja. Pero seguía sin hacerlo.

Las chicas nunca habían visto un animal tan quieto. No es que no se moviera, es que estaba furiosamente *inmóvil*. Para cuando

llegaron a los columpios caminaban casi de puntillas, como cazadores de dibujos animados.

El zorro miró educadamente la mano que Zanna extendió hacia él. Deeba frunció el ceño.

—Sí, está mirando —dijo Deeba—. Pero no *nos* está mirando. Te está mirando *a ti*.

Zanna —odiaba su nombre: Susanna; y odiaba todavía más el diminutivo «Sue»— se había mudado a una urbanización hacia más o menos un año y rápidamente se hizo amiga de Kath, Keisha, Becks y las otras. Y sobre todo de Deeba. De camino a la escuela secundaria de Kilburn, el primer día, Deeba hizo reír a Zanna, algo que pocos conseguían. Desde entonces, donde iba la una, iba la otra también. Había algo en Zanna que llamaba la atención. Era bastante buena en los deportes, la escuela, bailando o lo que fuera. Pero eso no era todo: hacía las cosas bastante bien, aunque no demasiado bien, para no destacar. Era alta y atractiva pero intentaba no resaltarlo. Más bien parecía querer mantenerse en segundo plano, aunque no lo conseguía del todo. Le podría haber causado problemas, si no fuese porque era fácil llevarse bien con ella.

A veces, incluso, sus amigas recelaban de ella, como si no supiesen muy bien cómo tratarla. De hecho, la propia Deeba tenía que admitir que Zanna era algo fantasiosa. En ocasiones, era como si desconectase: se quedaba mirando el cielo o perdía el hilo de lo que estaba diciendo.

Sin embargo, justo en ese momento, estaba muy concentrada en lo que Deeba acababa de decir.

Zanna puso los brazos en jarras y, a pesar de la brusquedad de ese movimiento, el zorro no se sobresaltó ni huyó.

—Es verdad —dijo Deeba—. No te ha dejado de mirar ni un segundo.

Los ojos de Zanna se encontraron con la mirada vulpina y amable del zorro. Tanto las chicas como el animal parecían absortos.

... Hasta que les interrumpió el timbre del final del recreo. Las chicas se miraron, aturdiditas.

El zorro se movió por fin y, sin dejar de mirar a Zanna, hizo una reverencia. Tan solo una. Y luego, de un salto, desapareció.

Deeba miró a Zanna y masculló:

—Pero qué raro ha sido eso.

2. Señales

Zanna evitó a sus amigas durante el resto del día. Al final, se encontraron en la cola de la comida, pero cuando les dijo que quería estar sola, lo hizo en un tono tan desagradable que la obedecieron.

—Oye, olvídala —dijo Kath—. Es una maleducada.

—Está loca —comentó Becks, mientras se alejaban de forma ostentosa.

Solo se quedó Deeba.

No intentó hablar con Zanna. Sin embargo, la miraba de forma pensativa.

Por la tarde, la esperó a la salida de clase. Zanna intentó pasar de largo entre la gente, pero Deeba no se lo permitió. Se acercó sigilosamente y, de pronto, la agarró por el brazo. Zanna intentó parecer enojada, pero aguantó mucho.

—¡Ay, Deebs! —dijo al fin—. ¿Qué está pasando?

Fueron hasta el barrio donde ambas vivían y se dirigieron a la casa de Deeba. Su familia, bulliciosa y habladora, a veces resultaba exasperante con tanto ruido y jaleo, pero en general eran un sonido de fondo agradable para cualquier conversación. Como de costumbre, la gente las miraba al pasar. Eran una pareja curiosa. Deeba era más baja, más oronda y con un aspecto menos cuidado que el de su esbelta amiga. Como siempre, el pelo largo y negro se le escapaba libremente de la coleta y contrastaba con el pelo rubio y peinado hacia atrás de Zanna, que caminaba en silencio mientras Deeba le preguntaba continuamente si estaba bien.

—Hola señorita Resham y señorita Moon —dijo cantarínamente el padre de Deeba cuando entraron—. ¿Qué han hecho hoy? ¿Les apetece un té, señoritas?

—Hola, cariño —dijo la madre de Deeba—. ¿Cómo ha ido el día? Hola Zanna, ¿cómo estás?

—Hola señor y señora Resham —saludó Zanna, sonriendo nerviosamente mientras los padres de Deeba la miraban sonrientes—. Bien, gracias.

—Déjala en paz, papá —le rogó Deeba, tirando de Zanna hacia su habitación—. Pero sí, tráenos el té, por favor.

—Así que hoy no os ha pasado nada —comentó su madre—. Nada que contar. ¡Un día completamente vacío! Me dejas pasmada.

—Ha estado *bien* —dijo—. Como siempre, ¿no?

Sin levantarse, los padres de Deeba empezaron a ofrecerle teatralmente sus condolencias por la tragedia de que nunca pasara nada, de que todos los días fueran iguales. Deeba puso los ojos en blanco y cerró la puerta.

Se quedaron un rato sentadas en silencio. Deeba se puso caca en los labios. Zanna simplemente estaba sentada.

—¿Qué vamos a hacer, Zanna? —preguntó Deeba al fin—. Algo está pasando.

—Ya lo sé —afirmó Zanna—. Y va a peor.

Era difícil precisar exactamente cuándo había empezado todo. Durante el último mes, por lo menos, habían pasado cosas raras.

—¿Te acuerdas de aquella nube que vi? —dijo Deeba—. ¿La que se parecía a ti?

—Eso fue hace semanas y no se parecía a nada —concluyó Zanna—. Centrémonos en lo real. El zorro de hoy. Y la mujer esa. Lo del muro. Y la carta. Ese tipo de cosas.

Fue a principios de otoño cuando empezaron a suceder cosas extrañas. Estaban en el Café Rose.

Ninguna prestó atención cuando se abrió la puerta, hasta que se dieron cuenta de que la mujer que acababa de entrar se había parado junto a su mesa, en silencio. Todas la observaron.

Llevaba un uniforme de conductor de autobús; el ángulo de la gorra le daba un aire curioso y alegre. Sonreía.

—Siento interrumpiros —dijo la mujer—. Espero que no... Estoy... Muy emocionada de conocerte. —Sonreía a todas, pero se dirigía a Zanna—. Eso es todo.

Las chicas se quedaron mudas de asombro durante unos segundos. Zanna tartamudeó una respuesta y Kath soltó un «¿Qué...?» y Deeba empezó a reírse. La mujer no se molestó y musitó algo sin sentido:

—¡Shuasí! —exclamó—. Había oído que estarías aquí pero no podía creerlo.

La mujer se marchó sonriendo. Las chicas se echaron a reír de forma ruidosa y nerviosa, hasta el punto de que la camarera les tuvo que llamar la atención y pedirles que se tranquilizaran.

—¡Chalada!

—¡Chalada!

—¡Totalmente *chalada!*

Si eso hubiese sido todo, sería una historia más de alguien un poco pirado en las calles de Londres. Pero eso no fue todo.

Unos días más tarde, Deeba caminaba con Zanna bajo el viejo puente de la calle Iverson. Miró hacia arriba para leer algunos de los grafitis más groseros. Detrás de la red para las palomas, tan arriba que nadie podía llegar hasta allí, habían pintado en amarillo brillante: ¡VIVA ZANNA!

—¡Caramba! ¡Hay otra Zanna! —dijo Deeba—. O tienes los brazos muy largos. O alguien altísimo está colado por ti.

—¡Venga ya! —respondió Zanna.

—Pero es verdad —comentó Deeba—. Nadie más se llama Zanna, siempre lo dices. Has dejado huella.

Más tarde, el día después de la noche de Guy Fawkes, cuando Londres se llena de hogueras y fuegos artificiales, Zanna llegó alterada al colegio.

Cuando por fin estuvo a solas con Deeba, Zanna sacó un trozo de papel y una tarjeta de su mochila.

Un cartero había estado esperando frente a su puerta. Le había dado una carta sin destinatario ni remitente en el sobre y había desaparecido. Dudó antes de enseñárselo a Deeba.

—No le cuentes nada a las demás —dijo—. ¿Lo prometes?

Estamos deseando conocerte, leyó Deeba, *cuando gire la rueda.*

—¿De quién es? —preguntó Deeba.

—Si lo supiese no se me pondrían los pelos de punta. No lleva sello.

—¿Tiene alguna marca? —dijo Deeba—. ¿No dice de dónde viene? ¿Eso es una A? ¿Y una L? Y eso parece... *ES*, creo. —No consiguieron leer nada más.

—Me dijo una cosa —explicó Zanna—. Igual que aquella mujer. «Shuasí», dijo. Y yo estaba como: «¿Qué?». Intenté seguirle pero se largó.

—¿Qué significa? —preguntó Deeba.

—Eso no es todo —continuó Zanna—. Dentro había esto.

Era una tarjetita cuadrada con un diseño extraño, un amasijo complejo y bonito de líneas de colores arremolinadas. Se trataba,

observó Deeba, de una especie de versión disparatada de un abono de transporte público de Londres. Decía que era válido entre las zonas 1 y 6, para autobuses y trenes, en toda la ciudad.

En la línea de puntos del centro habían escrito cuidadosamente: ZANNA MOON SHUASÍ.

Fue entonces cuando Deeba le dijo a Zanna que tenía que contárselo a sus padres. Ella había cumplido su promesa y nunca le había explicado nada a nadie.

—¿Se lo has contado?—preguntó Deeba.

—¿Cómo se lo voy a contar? —respondió Zanna—. ¿Qué les voy a decir de los animales?

Durante las últimas semanas, a menudo los perros se paraban cuando Zanna pasaba y se quedaban mirándola fijamente. Una vez, tres ardillas en fila india bajaron de un árbol, mientras Zanna estaba sentada en Queen's Park y, de una en una, depositaron una nuez o una semilla delante de ella. Los gatos eran los únicos que la ignoraban.

—Es una locura —comentó Zanna—. No sé qué está pasando. Y *no puedo* decírselo. Pensarán que he perdido la cabeza. Puede que sea verdad. Pero te voy a decir una cosa... —Su voz era sorprendentemente serena—. Me estaba acordando de cuando miré al zorro y al principio estaba asustada. Sigo sin querer hablar de ello, ni con Kath ni con las otras. Así que no digas nada, ¿vale? Pero ya me he hartado. ¿Está pasando algo? Vale, bien. Estoy preparada para lo que sea.

Había tormenta. El aire rugía y bramaba. La gente se apiñaba bajo los aleros o se arrebujaba en sus abrigo y avanzaba entre la lluvia. Por la ventana de Deeba, las chicas veían a la gente bailar y pelearse con sus paraguas.

Cuando se marchó, Zanna pasó corriendo al lado de una mujer con un ridículo perrito atado con una correa. Al verla, el animal se sentó con una extraña solemnidad e inclinó la cabeza.

Zanna miró al perro y, obviamente tan sorprendida por su propia reacción como por el gesto del animal, le devolvió la reverencia.

3. La visita del humo

Al día siguiente, Zanna y Deeba deambularon por el patio observando sus reflejos en los charcos. Junto a los muros había basura embarrada. Las nubes todavía parecían cargadas.

—Mi padre odia los paraguas —dijo Deeba, balanceando el suyo—. Cuando llueve siempre dice lo mismo: «No creo que la presencia de humedad en el aire sea razón suficiente para anular el sensato tabú social que evita que empuñemos palos puntiagudos a la altura de los ojos».

Desde el borde del patio, cerca de donde había estado el zorro respetuoso, más allá de los muros de la escuela, veían la calle, por donde pasaban algunas personas.

Algo llamó la atención de Zanna. Algo raro y confuso. Cerca de una cancha que había al final de la calle, se intuían unas manchas sobre el pavimento.

—Ahí hay algo —dijo Zanna. Miró de reojo—. Creo que se está moviendo.

—¿Sí? —preguntó Deeba.

El cielo estaba extrañamente plano, como si sobre sus cabezas se hubiese extendido de extremo a extremo del horizonte una enorme lámina gris. El aire estaba muy quieto. Unas leves manchas oscuras se enroscaron sobre sí mismas y luego desaparecieron, dejando la calle de nuevo sin marcas.

—Hoy... —dijo Deeba—. No es un día normal.

Zanna sacudió la cabeza.

Unos pájaros trazaron un arco y un grupo de gorriones salió de la nada y rodeó la cabeza de Zanna como una aureola gorrjeante.

Esa tarde tenían francés. Zanna y Deeba no estaban prestando atención. Miraban por la ventana, dibujaban zorros y gorriones y nubes de lluvia, hasta que algo en el runrún de la señorita Williams hizo que Zanna alzase la vista.

—... *choisir* —oyó—. *Je choisis, tu choisis...*

—¿Qué está diciendo? —susurró Deeba.

—*Nous allons choisir...* —dijo la señorita Williams—. *Vous avez choisi.*

—Señorita, señorita —intervino Zanna—. ¿Qué era lo último? ¿Qué significa?

La señorita Williams señaló la pizarra.

—¿Esto? —preguntó—. *Vous avez choisi. Vous:* vosotros. *Avez:* habéis. *Choisi:* elegido.

Choisi. Shuasí. Elegida.

Al final del día, Deeba y Zanna se quedaron en la puerta de la escuela, mirando hacia donde habían visto las manchas. Seguía lloviendo y parecía como si en el patio la lluvia atravesase algo al caer, como si las gotas encontraran un poco de resistencia, o se toparan con una bolsa de aire enrarecido.

—¿Venís al Rose? —Kath y las demás estaban detrás de ellas.

—Nos ha parecido... ver algo —comentó Deeba—. Estábamos a punto de...

Se interrumpió y se fue detrás de Zanna. A su espalda, se oía el barullo de sus compañeros, camino de casa o saludando a sus padres.

—Pero ¿qué andáis buscando? —quiso saber Keisha.

Ella y Kath observaron burlonamente a Zanna que, a tan solo unos metros y en medio de la calle, miraba a todas partes.

—No veo nada —susurró. Zanna se quedó allí un buen rato mientras las demás resoplaban con impaciencia—. Vale —dijo alzando la voz. Kath tenía los brazos cruzados y una ceja levantada—. Vámonos.

La riada de compañeros se había acabado. Un par de coches cruzaron las puertas de la escuela y pasaron junto a ellas: los profesores de vuelta a sus casas. El grupito de chicas estaba en medio de la calle desierta. Con un crujido titilante, las farolas se encendieron a medida que el cielo se oscurecía.

La lluvia golpeaba con fuerza, como una máquina de escribir, sobre el paraguas de Deeba.

—Ni idea de *qué* está haciendo... —oyó que Becks les decía a Keisha y Kath.

Zanna caminaba un poco por delante, a cada paso sus pies salpicaban gotas como rocío.

Como rocío, pero un rocío oscuro. Zanna redujo el paso. Ella y Deeba miraron hacia abajo.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Keisha, fuera de sí.

A sus pies, unos centímetros por encima del suelo sucio y mojado, había una capa de humo enrollado.

—¿Qué... es... eso? —dijo Kath.

Jirones de humo ascendían desde las bocas de las alcantarillas. El humo era de una oscuridad horrible y sucia. Surgía a borbotones, en espirales, estirándose a través de las rejillas metálicas de los desagües como sarmientos de vid o tentáculos de pulpo. Sus hilos se enroscaban, espesándose. Se enredaban en las ruedas de los coches y bajo los motores.

—¿Qué está pasando? —susurró Keisha. El humo empezaba a desbordarse desde las cloacas. Un olor químico y podrido impregnaba el ambiente. A lo lejos, como amortiguado por una cortina, se oyó el ruido de un motor.

Zanna estaba de pie, con los brazos abiertos, intensamente concentrada en el humo, que las rodeó de repente. Por un instante, pareció que la lluvia se evaporaba, como gotas sobre un metal caliente, unos milímetros *por encima* de la cabeza de Zanna. Deeba la miró fijamente pero una oleada oscura ocultó a su amiga.

El motor se oyó más fuerte. Se acercaba un coche.

Las chicas estaban cubiertas por un humo áspero. Aterrorizadas, intentaron llamarse unas a otras. No veían casi nada.

El ruido del motor se intensificó y algunos destellos del reflejo de las farolas atravesaron el humo.

—¡Un momento! —gritó Zanna.

Los faros del coche brillaron de pronto a través de la niebla, apuntando a Zanna. Deeba la vio, convertida en sombra, esquivándolos hábilmente cuando se le echaron encima. Parecía que sus manos resplandecían.

—¡Es mi padre! —gritó Zanna, y se movió con rapidez mientras el coche se abalanzaba sobre el humo; hubo una estampida y el humo se dispersó y...

... se oyó un golpe y algo salió volando y todo se quedó en silencio.

Las nubes escamparon y dejó de llover. El extraño humo abandonó el aire, se filtró por las alcantarillas como si fuera agua oscura y densa, y desapareció en silencio.

Durante varios segundos, nadie se movió.

Había un coche atravesado en la calle y en el asiento delantero estaba el padre de Zanna; parecía confuso. Alguien gritaba histéricamente. Una chica estaba en el suelo junto a un muro.

—¡Zanna! —gritó Deeba. Pero Zanna estaba a su lado. Era a Becks a quien habían atropellado y no se movía.

—Hay que llamar a un médico —dijo Zanna mientras sacaba el móvil y empezaba a llorar, pero Kath ya había contactado con el 112.

El padre de Zanna salió del coche, tambaleándose y tosiendo.

—¿Qué?... ¿Qué?... —balbuceó—. Yo estaba... ¿Qué ha pasado? —Vio a Becks—. ¡Dios mío! —Se arrodilló a su lado—. ¿Qué he hecho? —repetía una y otra vez.

—He llamado a una ambulancia —anunció Kath, pero no la escuchaba.

La luz había vuelto a la normalidad y la niebla que se aferraba a los tobillos había desaparecido. La gente miraba desde puertas y ventanas. Becks se movió con dificultad y gimió débilmente.

—¿Qué ha pasado? —les preguntó el padre de Zanna. Ninguna sabía qué responder—. No me acuerdo de nada —explicó—, me desperté y...

—Me duele... —se quejó Becks.

—¿Lo has visto? —susurró Zanna a Deeba. Su voz parecía resquebrajarse—. El humo, el coche, todo... *Me cubría. Iba a por mí.*